

Revista Confluencia, año 1, número 3, verano 2003, Mendoza, Argentina.

ISSN 1667-6394

Bettina Martino y Humberto López

Facultad de Ciencias Políticas y Sociales

Universidad Nacional de Cuyo

Medios de Comunicación y Democracia: apuntes para el análisis de una relación compleja

Resumen

Muchas de las transformaciones de la política y del funcionamiento democrático son atribuidas a un proceso creciente, en los últimos años, de massmediatización. Estas transformaciones son evaluadas negativamente en dos sentidos: comparativamente, en relación a un estadio de la democracia con ciudadanos plenamente involucrados y participativos, en el cual la escena política no estaba dominada por la TV; y en forma culpabilizadora, acusando a los medios de comunicación de “engullir” el mundo, en consecuencia, acusando a la TV de “engullir” a la política. En el presente artículo se analiza el fenómeno descrito situándolo en el contexto de algunas transformaciones culturales, económicas y antropológicas a fin de superar la condena fácil y mecánica, producto de una mirada centrada en la omnipotencia de los medios.

Abstract

Many of the politics's transformations and of the democratic operation are attributed to a growing process, in the last years, of massmediatization. These transformations are evaluated negatively in two senses: comparatively, in relation to a stadium of the democracy with citizens fully involved, in which the political scene was not dominated by the TV; and also accusing to the media of “to gobble” the world, in consequence, accusing to the TV of “to gobble” to the politics. In this article the phenomenon is analyzed locating it in the context of some cultural, economic and anthropological transformations in order to overcome the easy and mechanical condemnation, product of a look centered in the omnipotence of the media.

1. Introducción

El presente artículo intenta señalar un camino diferente en el estudio de la relación entre medios de comunicación y democracia, especialmente la que se teje entre esta última y la televisión.

Muchas de las transformaciones de la política y del funcionamiento democrático son atribuidas a un proceso creciente, en los últimos años, de massmediatización. Estas transformaciones son evaluadas negativamente en dos sentidos: comparativamente, en relación a un estadio de la democracia con ciudadanos plenamente involucrados y participativos, en el cual la escena política no estaba dominada por la TV; y en forma culpabilizadora, acusando a los medios de comunicación de “engullir” (J.C. Guillebaud, 1995:170) el mundo, en consecuencia, acusando a la TV de “engullir” a la política.

A esta altura del desarrollo de los estudios de comunicación, resulta llamativa la poca interrelación que se establece entre la dupla medios-democracia y las profundas transformaciones culturales y económicas que desde mediados del siglo XX han servido como suelo para que los medios de comunicación, en especial la televisión en la segunda mitad del siglo, asuman, aspiren a asumir o sean investidos de ciertas funciones para las cuales no están preparados.

La conexión más habitual es la establecida con el fenómeno de “crisis de la representación”. En este caso, ni siquiera se alude al quiebre de las representaciones generales en que se apoyaba la sociedad, sino específicamente al problema de la representación política, con lo cual la relación entre los medios y la política se reduce de manera simplista a cómo éstos sustituyen el rol de los partidos o los funcionarios. Esta cuestión, si bien es cierta, forma parte de un conjunto más abarcativo.

Tal vez esta parcialidad en el análisis responda a “una situación epistemológica confusa en el cruce de estudios políticos y de comunicación: advertimos los problemas pero no disponemos de una perspectiva compartida para enfrentarlos”. (O. Gais, 1997:10)

Querriamos ofrecer aquí algunos elementos para el análisis de la relación medios de comunicación – democracia que alejaron el problema de la condena fácil y mecánica. Esto por varias razones: por una parte, porque el papel, el rol asumido por los medios está en directa relación con los vacíos institucionales; por otra, para destacar cuál es la situación particular del individuo contemporáneo. De lo contrario, al avalar la postura que sostiene la apatía ciudadana, la desmovilización como consecuencia del “engullimiento” de lo político por la TV, volvemos a la idea del “blanco inmóvil” de la teoría de la aguja hipodérmica o a la del consumidor compulsivo irracional de los medios de comunicación.

Apuntamos a mostrar en este artículo que, sin dejarlos de lado, los aspectos propios de los medios que afectan el funcionamiento político democrático y que recaen principalmente en la televisión (espectacularización, imperio del criterio comercial, abuso de la imagen, etc.) no son suficientes para transformar el funcionamiento de lo político. En otras palabras, el proceso de descuidadización y descompromiso atribuido en parte, a la omnipresencia de los medios es promovido, antes y también, por otras transformaciones, las que describiremos a continuación y que surgen como común denominador del análisis de un vasto conjunto de textos referidos a la problemática de referencia.

2. Medios de comunicación y democracia

La preocupación expresada en la literatura referida a la relación medios-democracia-política tiene dos vertientes. Por una parte, se relaciona con el papel que la información debe cumplir en un sistema democrático; la democracia, en tanto conlleva el abandono del uso de la fuerza –la cual queda reservada al Estado- en la imposición de los propios intereses y la búsqueda del consenso, requiere sin duda de la comunicación. En palabras de McKeon: “una sociedad democrática puede ser definida como una comunidad basada en la comunicación: es el armazón de instituciones y costumbres que son la expresión de una aceptación y acuerdo comunes y el cual otorga medios para discutir aun mayores diferencias y para llegar a un acuerdo que concierna a éstas” (McKeon, 1956). Por otra parte, se encuentra motivada en el ascenso de los medios de comunicación a partir de mediados del siglo XX, y especialmente en la década de los noventa en la conformación de la imagen de la sociedad y la política. Es respecto de éste último punto que trata el presente artículo.

Muchos de los males que se atribuyen usualmente a los medios masivos (retracción al espacio de la vida privada y consecuente declinación del espacio público; asunción de tareas propias de otras instituciones de la democracia; crecimiento de la insignificancia; espectacularización de la vida política, etc.) pueden y deben ser explicados de un modo diferente que no reconoce una causalidad directa de la televisión sobre la sociedad sino en todo caso condicionamiento mutuo o, incluso, la inversión de esa relación. Esto, al contrario de las condenas inapelables de autores como Bourdieu, Guillebaud, Sartori y otros no menos importantes. Este último, por ejemplo, afirma: “El hombre de la cultura escrita, de la era de los periódicos, leía al día unos quince acontecimientos significativos (nacionales e internacionales) y digamos que cada uno de esos acontecimientos estaba desarrollado, por lo general, en una columna periodística. En los telediarios las noticias se reducen a la mitad y con tiempos de retransmisión

que a veces descienden a uno o dos minutos. La reducción – restricción es gigantesca; y lo que desaparece en esa restricción es el enfoque del problema al que se refieren las imágenes. Porque la imagen es enemiga de la abstracción, y explicar es un discurso abstracto. Como he dicho más de una vez, los problemas no son “visibles”. Y la imagen que privilegia la televisión es la que “conmueve” a nivel de sentimientos y emociones: asesinato, violencia, enfrentamientos con armas, arrestos, protestas, quejas; o si no terremotos, incendios, inundaciones y accidentes” (G. Sartori, 1998-1999: 4-5). Es cierto que la imagen, con su inmediatez, su impacto en las emociones, carece de la distancia reflexiva que se necesita para la comprensión del mundo. Pero en esta suerte de nostalgia respecto de la prensa y la cultura escrita, Sartori olvida mencionar que “el hombre de la cultura escrita” tenía además derechos laborales, sus hijos podían ir a la escuela, contaba con espacios de discusión y el Estado se ocupaba de asuntos que hoy tiene que resolver por su cuenta. Con esto se quiere reflejar que el ascenso de la televisión va acompañado de un gran número de transformaciones que conforman un conjunto indisociable.

El análisis del papel desempeñado por los medios de comunicación en la actualidad, especialmente, de los roles de los que se ha apoderado la televisión y de los efectos que esto genera, va unido a transformaciones sociales y políticas ocurridas en los últimos quince años. Engarzan aquí tres aspectos, que analizaremos separadamente. Por una parte, la crisis de la política que se incluye en el contexto más amplio de la crisis de las instituciones, entendidas como entidades sociales normativas a las cuales se les reconoce la triple función de estructurar la representación del mundo, designar finalidades de acción y establecer el tipo de afecto predominante en una sociedad; por otra, el triunfo de la lógica económica por sobre la lógica política; finalmente, la creciente profundización de la vivencia de desorientación personal merced a lo que se ha llamado “individualismo negativo”, que agudiza los sentimientos de incertidumbre y vulnerabilidad.

Para comprender la mutación del papel de la TV respecto de la sociedad en los últimos años –pero también los cambios internos referidos al lugar que asigna o supone en

el telespectador, el modelo que despliega en los noventa y ahora, la aparición de un nuevo género de programas— es necesario explícitamente situarla en tal contexto de cambios culturales y políticos. Persistir en la enumeración de lo que se ha llamado “males mediáticos” (O. Gais, 1997: 16) no hace más que contribuir a perpetuar la idea remanida de la pobreza de la democracia por la influencia mediática.

3. Algunas transformaciones que explican el rol de los medios en las sociedades contemporáneas

3.1. El predominio de la lógica económica por sobre la lógica política.

En varias de sus obras y, especialmente, en su libro *¿Podremos vivir juntos?*, A. Touraine explica que asistimos a un proceso de "desocialización de la cultura de masas", por el cual "sólo vivimos juntos en la medida en que hacemos los mismos gestos y utilizamos los mismos objetos, pero sin ser capaces de comunicarnos entre nosotros más allá del intercambio de signos de la modernidad." (A. Touraine, 1997:9) Esta desocialización de la cultura de masas nos sumerge en la globalización pero también nos impulsa a defender nuestra identidad apoyándonos sobre grupos primarios y reprivatizando una parte y a veces la totalidad de la vida pública. Así, participamos en actividades que nos hacen volver enteramente hacia el exterior a la vez que inscribimos nuestra vida en una comunidad que nos impone sus mandamientos y que, en gran parte de los casos, se encuentra organizada en torno de una autoridad religiosa, cultural, étnica o política a la que podría llamarse carismática porque encuentra su legitimidad en los mitos o tradiciones. Lo que Touraine refleja aquí es el fenómeno de "tironeo" entre lo global y lo local, descrito por varios autores como Castells, Renato Ortiz o García Canclini, entre otros, pero que –no dejamos de reconocer- experimenta dimensiones muy diversas según países y regiones.¹

Lo anterior nos enfrenta a una experiencia en la que dos órdenes de nuestra existencia se separan progresivamente: lo instrumental y lo simbólico, lo económico y lo cultural, lo productivo y lo que genera identidad. Este proceso, al que el autor denomina "desmodernización" es ante todo ruptura entre el sistema y el actor y reviste como aspectos complementarios la desinstitucionalización (debilitamiento o desaparición de las normas codificadas y protegidas por mecanismos legales, y más simplemente la desaparición de los juicios de normalidad que se aplicaban a las conductas regidas por instituciones), la desocialización (desaparición de los roles, normas y valores sociales mediante los cuales se construía el mundo vivido) y la despolitización (el orden político ya no constituye, no funda el orden social).² (A. Touraine, 1997:45-49). En esta disociación creciente entre cultura y economía, la política ha perdido su capacidad como

¹ El surgimiento de grupos xenófobos o de líderes religiosos es un fenómeno más bien de los países de Europa y no se corresponde con la realidad de América Latina.

² No desconocemos las dificultades inherentes al uso del prefijo "des". Para no alterar la idea de Touraine, querríamos aclarar que preferimos hablar de debilitamiento, quiebre, crisis antes que de desaparición –de lo político, de lo institucional, etc- y de falta de formas claras de recomposición que reemplacen las formas anteriores.

mediadora de ambos aspectos: el estado, por ejemplo, una institución agente del crecimiento y la justicia, sufre el ataque de la globalización económica a la vez que la fragmentación de las identidades culturales.

La lógica económica por su primacía en virtud del fenómeno de la globalización nos enfrenta al declive del poder de los Estados nacionales y promueve el sentimiento generalizado de "inutilidad" de la política en la resolución de los conflictos y la representación de los intereses.

Existe hoy un fuerte convencimiento respecto del lugar dominante que ocupan los factores ligados a la economía en la crisis de lo político. Al igual que Touraine, en quien ya hemos podido ver el lugar que le asigna al proceso de globalización de la economía, Norbert Lechner también considera esta situación al señalar el fin del "primado de la política" frente al triunfo de la estrategia neoliberal que impide a cualquier nación sustraerse del concierto económico mundial. (N. Lechner, 1999:11-13) También en este caso, se hace evidente una cierta sensación de "inutilidad" de la política frente al imperio de la economía.

Fitoussi y Rosanvallon, al señalar las relaciones entre economía y política, también se hacen cargo del asunto: "La globalización organizaría y pondría en escena la impotencia de lo político. Implicaría así, en opinión de algunos, una manera única de afrontar los mercados globalizados. O, para decir las cosas de otra manera, no sería posible una política nacional independiente en un mundo donde los países son económicamente interdependientes. Mucho más poderosa que la ley de los Estados, la ley de los mercados y la apertura al mundo diluyen a cada país en un conjunto indiferenciado donde ninguna sociedad nacional controla su destino." (Fitoussi y Rosanvallon, 1997) En este caso, y a diferencia de Touraine y de Lechner, los autores consideran que esta lectura sobre la globalización constituye un pretexto para la renuncia de los gobiernos o una excusa por su incapacidad.

Los políticos mismos reconocen sus limitaciones frente a las fuerzas de la globalización, arrastrando a los partidos y a las instituciones de la democracia -como el voto o el principio de libre elección- e incluso a las propias posibilidades del gobierno en su función de agentes de cambio.

Tal como lo señala Andre Gorz, jamás el capitalismo había logrado emanciparse tan completamente del poder político. Instituciones económicas como el Fondo Monetario Internacional o el Banco Mundial, exentas de toda territorialidad, imponen su poder desde el exterior a los Estados, pero no recrean fuera de ellos otro lugar político. El poder financiero se autonomiza respecto de las sociedades y la economía real impone sus normas de rentabilidad a las empresas y a los Estados. (A. Gorz, 1998 :24)

3.2. El descreimiento en la práctica política y en los "políticos".

Particularmente en las instituciones tradicionales -partidos especialmente- hecho que se expresa en la llamada crisis de representación. "Entre la unificación económica del mundo y su fragmentación cultural, el espacio que era la vida social (y sobre todo política) se hunde, y los dirigentes o los partidos políticos pierden tan brutalmente su función representativa que se sumergen o son acusados de sumergirse en la corrupción o el cinismo. Los partidos no son ya otra cosa que empresas políticas puestas al servicio de un candidato más que de un programa o de los intereses sociales mandantes... en muchos países, la democracia se limita a la ausencia de poder absoluto y al triunfo de la economía de mercado" (A. Touraine, 1999:245)

Algunas de estas precisiones nos permiten entender el sentimiento actual de falta de representación, basado en la impresión generalizada de quiebre de la relación entre quienes gobiernan y los gobernados. García Delgado define la crisis de representación como la situación en la que se da pérdida de confiabilidad en los partidos y en las grandes estructuras de mediación, aunque no en la democracia. (D. García Delgado, 1998:373). El papel de las elites en este contexto también ha sido destacado por Fitoussi y Rosanvallon (aunque no es un argumento nuevo). La democracia actual se caracterizaría por transacciones entre elites que se autonomizan de sus electores y esa realidad genera escasas expectativas sobre la que la política puede dar. Las elites son acusadas de causar el desperfecto de lo político y el malestar existente. La elite es percibida como una capa separada, que actúa en forma homogénea, no vive las dificultades que sí experimenta el resto de la población y por eso es incapaz de comprenderla. No sufre: vive fuera del tiempo; encarna lo inaceptable en una sociedad democrática: la desigualdad fundamental de destinos. (Fitoussi y Rosanvallon, 1997:64-65)

El conjunto de factores que hemos descrito nos permite afirmar que nos encontramos ante una ciudadanía a la cual, lejos de incluirla, se le delegan numerosas cuestiones. Esta delegación se torna negativa cuando se impone a los ciudadanos la pesada carga de resolver por su cuenta aspectos elementales que antes se encontraban en manos del Estado, aspecto que en otras partes del informe se trabaja con mayor profundidad. En este marco, el individuo que queda librado a su suerte por el retiro de las instituciones que antes lo contenían, estará pendiente de las representaciones que le ofrece el espacio público, en el que conviven los partidos con los medios de comunicación, los movimientos sociales, los líderes religiosos y otras organizaciones (Cheresky,1997).

Así, llegamos a una primera conclusión según la cual asistimos a la conformación de un nuevo formato representativo, pero agregamos -lejos de una

actitud de festejo, optimista-que se trata de un formato imperfecto, provisional, que involucra a actores e instituciones que no están preparadas para ejercer la representación de la sociedad en el marco de la democracia.

3.3. El creciente proceso de individualización.

Este excede desde todo punto de vista la versión hedonista, egoísta, tan mencionada en la literatura como rasgo dominante de nuestro tiempo, que se ha postulado como la característica central de las sociedades posindustriales. Aludimos a un individualismo que no resulta de la elección personal sino de un paradójico imperativo de autonomía. "...la autonomía se vuelve una coerción de masa" (Chambat-Ehrenberg, 1993:4), porque las personas carentes de todo relevo colectivo no tienen más opción que hacerse cargo de todos los aspectos de su vida. La referencia a lo colectivo no sólo está ausente como medio para satisfacer necesidades individuales sino también ha desaparecido como horizonte, como destino común, haciéndolo cada vez más incierto.

Fitoussi y Rosanvallon denominan "individualismo negativo" a esta situación: "hay que destacar con claridad la ambivalencia del individualismo moderno. Éste es a la vez un vector de emancipación de los individuos, que incrementa su autonomía y hace de ellos sujetos portadores de derecho, y un factor de inseguridad, que hace a cada uno más responsable de su porvenir y lo obliga a dar a su vida un sentido que ya no organiza nada exterior a sí mismo" (Fitoussi y Rosanvallon, 1997:36-37).

Ulrich Beck expresa de manera similar este proceso: "...la disolución, la destrucción y el desencantamiento de las fuentes de pensamiento colectivas y específicas de ciertos grupos (por ejemplo, la creencia en el progreso, la conciencia de clase) de la cultura social industrial (la que con su estilo de vida y sus representaciones sobre la seguridad apoyó bien entrado el siglo XX las democracias occidentales y las sociedades económicas) llevan a que de ahora en más todos los trabajos de definición se les asignen e imputen a los mismos individuos: esto significa el concepto de "proceso de individualización" (U. Beck, 1998:35) (El subrayado es nuestro).

Otro autor sostiene la existencia de este estadio del individualismo: "La novedad es el tomar a cargo por parte del individuo mismo una cantidad creciente de problemas en todas las escalas de la sociedad. El número de mecanismos sociales que favorecían automatismos de comportamiento o de actitudes ha disminuido ampliamente en provecho de normas que incitan a la decisión personal, se trate de búsqueda de empleo, de vida de pareja, de educación, de manera de trabajar o de conservar la buena salud. En estos dominios

y en otros todavía nos vemos incitados a ser responsables de nosotros mismos. La vida era vivida por la mayoría de las personas como un destino colectivo. Hoy es una historia personal. Cada uno en adelante indudablemente confrontado a lo incierto debe ponerse sobre sí mismo para inventar su vida, darle un sentido e involucrarse en la acción.” (A. Ehrenberg, 1995:16). Este cambio de situación de la individualidad, este tomar a cargo personal cuestiones ahí donde reinaban reglas de comportamiento fijas, constituye una tendencia de fondo de las sociedades democráticas avanzadas.

4. La apuesta optimista: un camino dudoso

Como respuesta a la evaluación negativa de los medios, han proliferado algunos puntos de vista optimistas –creemos, en algunos casos, ingenuos- sobre las funciones posibles que los medios podrían asumir en el contexto de las democracias actuales. Estos puntos de vista parten de la concepción de la democracia participativa o deliberativa, entendida no como una democracia directa sino como participación en los procesos de decisión (esto es, no intervención en las decisiones sino en los caminos, alternativas, discusiones que concluyen en ellas). Esto implica abrir y ampliar espacios de participación que exceden a las instituciones del Estado. En este contexto, a los medios se les asigna un lugar central. Muchas de las propuestas ponderan positivamente, tal vez de manera desmedida, a los llamados “medios alternativos”. Se menciona, por ejemplo, que paralelamente a la universalización de las comunicaciones se está produciendo un proceso de regionalización y el crecimiento de “redes” de medios de carácter local, con autonomía financiera e institucional con respecto a los grandes medios (por ejemplo, radios locales). Gurutz Jáuregui afirma al respecto: “La aparición y extensión de estos medios informativos no es casual y constituye una reacción lógica a la creciente despersonalización, estandarización y uniformización de los grandes medios de comunicación. Los medios locales y regionales suponen un importante mecanismo de defensa frente a la influencia de los grandes monopolios, y devienen así en instrumento imprescindible para el mantenimiento de los valores específicos en los que se asienta la convivencia social de esas colectividades” (Jáuregui, 1994:128).

El autor agrega que de darse dependencia entre estos “micro-medios” y lo grandes grupos multimedia, ésta se centrará en los programas de ficción, films, teleseries, etc. Y que tal dependencia se reduce notablemente en el ámbito estrictamente informativo (¿existe en sentido estricto?) por su carácter regional.

Esta respuesta a las acusaciones realizadas a los medios de comunicación por los desperfectos del funcionamiento democrático parece

reproducir la vieja dicotomía “apocalípticos vs. integrados”. Aquí también hay una ausencia de los contextos donde los modos de operar de los medios se produce.

5. Conclusión

En el contexto de una cultura de vulnerabilidad, incertidumbre y desinstitucionalización, recogemos la idea de una «sociedad conquistada por la comunicación» (B.Miège) para reflejar el alcance de los medios masivos, sus productos y formas de funcionamiento, sin sorprendernos con la aparición de nuevos géneros mediáticos o el papel asumido por la TV respecto de la sociedad, compitiendo con frecuencia, indebida e incontroladamente, con las instituciones de la democracia al asumir el papel de policía, juez, educadora, representante.

Esta situación se ha reflejado en la literatura comunicacional mediante la explicación de que frente al proceso de desinstitucionalización que sufren las sociedades occidentales y la ausencia de modelos sustitutos, la televisión avanza ocupando los lugares vacantes, no sin complacencia y complicidad de las propias instituciones que le delegan roles y posiciones. El ejemplo más corriente es la sustitución del rol de la justicia por parte de la televisión, en la medida en que señala culpables, se constituye como escenario para la confesión de crímenes, investiga y descubre ilícitos, etc. Otras formas de sustitución se dan por su capacidad para recoger demandas sociales, por sus intenciones de generar decisiones que habrían de ser tomadas por los poderes estatales o por el establecimiento de prioridades políticas –función de agenda-.

De lo que se trata es de examinar el entorno social en que los medios despliegan su juego y la relación que se establece entre ambos. Se trata de superar la pregunta acerca de cómo, cuando declina la acción pública y crece paradójicamente la obligación de autonomía, los medios (la TV sobre todo), asumen posiciones y tareas que no les son propias, para evaluar si nos encontramos en realidad ante una entidad social normativa –la comunicación social- que cumple funciones de estructuración de la representación del mundo en general, en el marco de la etapa histórica en que se da, de designación de finalidades de acción delineando pautas orientadoras sobre lo que hay que hacer y lo que no, lo bueno y lo malo y, finalmente, estableciendo el tipo de afecto predominante en una sociedad.

El supuesto “peligro” que significa la televisión para el funcionamiento democrático dependerá de la posibilidad de responder algunas preguntas: ¿la televisión instituye? Esto es ¿tiene la capacidad, como la tienen o han tenido otras instituciones, de fijar pautas supraindividuales de comportamiento? ¿Posee las reglas, la competencia, la responsabilidad, los medios,

etc. para cumplir tal función? En la medida en que podamos acercarnos a estas respuestas, podremos definir con mayor claridad el papel jugado por los medios como causantes del desperfecto de las democracias contemporáneas.

Bibliografía

- Beck, Ulrich. **La Invención de lo político**. Argentina, FCE, 1999.
- Chambat, P y Ehrenberg, Alain. "Les *reality shows*, nouvel âge télévisuel ?". En : **Esprit** N°188, (1) janvier 1993, Paris. Traducción : Omar Gais.
- Cheresky, Isidoro. "El futuro de las nuevas democracias". En: **XVIII Asamblea General de CLACSO**. Buenos Aires, 23-28 de noviembre de 1997.
- Ehrenberg, Alain. **L'individu incertain**. Paris, Calmann-Lévy, 1995
- Gais, Omar. "Espacio público, ciudadanía, democracias mediáticas". En: **Cuadernos del Centro de Graduados**. Centro de Graduados de Filosofía y Letras, N° 4, 1996-1997.
- García Delgado, Daniel. "Crisis de representación en la Argentina de fin de siglo". En: Filmus e Isuani. **La Argentina que viene**. Buenos Aires, FLACSO-NORMA, 1998.
- Guillebaud, Jean-Claude. **La traición a la Ilustración. Investigación sobre el malestar contemporáneo**. Buenos Aires, Manantial, 1995.
- Gorz, André. **Miserias del presente, riqueza de lo posible**. Argentina, Paidós, 1998.
- Jáuregui, Gurutz. **La democracia en la encrucijada**. Barcelona, Anagrama, 1994.
- Lechner, Norbert. "Los condicionantes de la gobernabilidad democrática en América Latina de fin de siglo". (Conferencia Magistral dictada en el acto del 40º aniversario de la fundación de FLACSO). En Filmus, Daniel, 1999.
- Sartori, Giovanni. "La opinión teledirigida. Videopolítica". En: **Claves de Razón Práctica**, N° 79, Enero-Febrero de 1998.
- Touraine, Alain. **¿Podremos vivir juntos? Iguales y Diferentes**. Argentina, Fondo de Cultura Económica, 1997.